



RETIRO EN LA CIUDAD

F. Javier Vitoria Cormenzana

“El recuerdo histórico no es ningún punto fijo en el pasado que vaya estando cada año un año más pasado, sino que es un recuerdo siempre igual de cercano, que propiamente no ha pasado, sino que es recuerdo eternamente presente. Cada uno en particular debe ver la salida de Egipto como si él mismo hubiera participado en ella” (F. Rosenzweig).

Triduo Pascual: Tiempo para recordar los acontecimientos que tuvieron lugar en Jerusalén, un mes de abril de año 30. Cada uno de nosotros en particular –tú y yo- hemos sido invitados hoy -abril del 2009- y aquí –Barcelona- a participar en la última Cena de Jesús de Nazaret con sus discípulos y discípulas, a acompañarle en su oración en el huerto, a revivir los episodios de su pasión, de su muerte en la cruz, de su enterramiento y a reencontrarnos, como María Magdalena y como Pedro, nuevamente con Él vivo y más que vivo.

Nuevamente Dios nos ha convocado en esta primavera recién comenzada a abrir nuestro corazón para dejar nuevamente pasar por él los trágicos acontecimientos finales de aquella historia inigualable y los rumores sobre la resurrección de Jesús, que han surcado la historia desde entonces hasta nuestros días. Estamos invitados a recordar con el fulgor de la primera vez. Lejos de dejarnos aprisionar por su conocida evocación ritual o por la repetición rutinaria de cantinelas y oraciones mil veces repetidas, se nos ofrece la gracia de escuchar en la memoria de la pasión, muerte y resurrección del Señor la Voz que habla en ella. Una Voz –con mayúscula- que nos habla a ti y a mí, a cada uno y a cada una de nosotras, en la medida de nuestra escucha y que espera nuestra respuesta personal y única.

Una única condición: dejarnos provocar por las narraciones y la simbólica de estos días. Son como una luz de fondo o como un decorado siempre desplegado, que solicitan nuestra imaginación para que acuda al encuentro con algo que es inesperado, repentino, fuera de la realidad cotidiana y, sin embargo, inscrito en ella. A su trasluz *el exceso* (de bondad, de

belleza, de verdad, pero también de maldad, de horror y de mentira) que encontramos en el laberinto de nuestras vidas se aclara como señal del paso de Dios.

El recuerdo de estos días nos *remite a* algo inefable; *nos inicia* en procesos de transparencia de aquello que ven nuestros ojos; nos *convoca* en torno a sueños y anhelos humanos que nos permiten escapar de la férrea jaula de lo inevitable. De manera razonable confiamos en que todo ello nos permita celebrar nuevamente a que Dios, lejos de permanecer impasible frente a las tribulaciones humanas, a la manera del motor inmóvil de Aristóteles o del “dios” impasible de Spinoza, padece profundamente en ellas. Como fermento de Vida, se entristece en sus tristezas, llora en sus lágrimas, se espanta en sus terrores, se desasosiega en sus angustias, padece en sus sufrimientos, se crucifica en sus cruces y agoniza en sus muertes.

I. JUEVES SANTO

JESÚS DE NAZARET, PAN DE DIOS PARA LOS SERES HUMANOS EN TIEMPOS DE HAMBRE.

I

Alguien ha escrito que a Jesús lo mataron por su forma de comer. Se refiere a las malas compañías con las que compartió pan y manteles. En aquella cultura y en el contexto del Reino predicado por Jesús, su comensalidad con los pecadores, su servicio a los comensales como si fuera un sirviente o una mujer, y su modo de dar de comer a los hambrientos significaban perdón y reconciliación gratuitos de Dios, el reconocimiento como hijos e hijas de Dios de quienes eran bastardos. Jesús comía de esta manera para que en el mundo hubiera bondad, amor, perdón. Para que en el mundo hubiera gracia. Quienes “sabían” de Dios y de sus cosas le condenaron a morir por el bien del pueblo: para evitar su *desgracia*. Ahí está en el monte de los Olivos. Reza, se estremece de miedo, confía en su Padre... Sabe la que se le viene encima.

No puedo seguir mi reflexión de esta noche sin aludir al hambre del mundo. No hacerlo el día que celebramos la Cena del Señor en una sociedad como la nuestra, cuya ciudadanía sufre o vive bajo su permanente amenaza de enfermedades diversas y severas, como consecuencia de la sobrealimentación, mientras defiende su condición de “rumiante” con leyes de extranjería y OTAN, me parecería simplemente cínico.

Jamás he contemplado en directo el drama del hambre. No conozco, por tanto, de primera mano *“lo diabólico de una persistente inanición, su exasperante tormento, sus negros pensamientos; su sombría y obsesiva ferocidad”*. Además ni siquiera estoy en condiciones de comprenderlo porque participo del singular poder *“de una salud triunfante sobre la derrota general de los organismos”*. Pero no podré jamás olvidar la sorpresa que me produjo la primera vez que una mujer salvadoreña me preguntó: *“Nosotros comemos una vez, ustedes, padrecito, ¿cuántas veces comen en su tierra?”*. Me dio vergüenza contestarle: *“tres... más los pintxos”*. Salí del paso dando un rodeo como el sacerdote y el levita que bajaban de Jerusalén a Jericó. Desde entonces comprendo mucho mejor el alcance de algo que J. Sobrino suele repetir frecuentemente: los pobres no dan la vida por supuesta. Ni siquiera pueden hacerlo con la comida.

Los cristianos no podemos ignorar el día de Jueves Santo, ni cada vez que celebramos la Eucaristía, que lo hacemos en un mundo devastado por “el incendio frío” del hambre. Este planeta podría proporcionar a cada cual la ración de alimentos que necesita y, sin embargo, se prevé que el año 2010 habrá todavía 680 millones de hambrientos en los países en vías de desarrollo, o sea, el 12% de su población. 55 millones de niños en el mundo sufren desnutrición aguda, entre ellos 9 millones de forma severa. Más de 5 millones de estos niños mueren al año por falta de acceso aun tratamiento adecuado. Sin embargo, en 45 días podrían estar recuperados con un tratamiento que no supera los 40 euros. Con una inversión de tan solo 3.000 millones de euros se podría recuperar a todos esos millones de niños cuyas vidas penden de un hilo.

Estas cifras resultan aún más insoportables para nuestro tan pavoneado progreso y evidencian toda la inhumanidad del nuevo desorden patrocinado por la globalitaria economía de mercado, si las comparamos con otras que nos brindan los últimos informes sobre Desarrollo Humano, publicados por la ONU. Se calcula que la gente de Europa y Norteamérica gasta 37 billones de dólares al año en comida para mascotas, perfumes y cosméticos. Con esta cifra se podrían cubrir los gastos de salud básica, nutrición, educación básica, agua y saneamiento de todos los habitantes de la Tierra, que viven privados de estas cosas absolutamente indispensables para poder seguir llamándoles ciudadanos del mundo sin que suene a sarcasmo. Pero ¡atención!: el informe comenta que sobrarían 9 millones de dólares.

La tragedia del hambre constituye un tremendo escándalo. Hasta el siglo XIX, las oleadas de hambre que diezaban a enteras poblaciones procedían, por lo general, de causas naturales. Hoy día están más circunscritas y en la mayoría de los casos son producto del comportamiento humano.

Sobre todo para quienes invocamos a Dios o pronunciamos su nombre. La mística de ojos abiertos nos recuerda “*la responsabilidad de tener ojos cuando otros los perdieron*” (J. Saramago). Quien quiera repetir el encargo de Jesús de partir el pan en memoria suya, deberá ver y recordar *necesariamente* el hambre del mundo.

II

Primo Levi, en uno de sus libros sobre su experiencia en los campos de exterminio de Auschwitz, cuenta como una noche los judíos se dan cuenta de que los van a matar. Un tren los va a llevar al amanecer hacia un lugar indeterminado, y comprenden que ninguno de ellos volverá de ese viaje. Enseguida se corre en el campamento la noticia, y cunde la desesperación. Y Primo Levi escribe: «Cada uno se despidió de la vida del modo que le era más propio. Unos rezaron, otros bebieron desmesuradamente, otros se embriagaron con su última pasión nefanda. Pero las madres velaron para preparar con amoroso cuidado la comida para el viaje, y lavaron a los niños, e hicieron el equipaje, y al amanecer las alambradas espinosas estaban llenas de ropa interior infantil puesta a secar; y no se olvidaron de los pañales, los juguetes, las almohadas, ni de ninguna de las cien pequeñas cosas que conocen tan bien y de las que los niños siempre tienen necesidad. ¿No harías igual vosotras? Si fuesen a mataros mañana con vuestro hijo, ¿no le darías de comer hoy?».»

Este hermoso y doloroso pasaje expresa fielmente esa gracia que tiene que ver con la bondad y con el amor. Las madres de las que habla Primo Levi no lavaban la ropa de sus niños para acatar disciplina del campo de concentración, sino porque esa era su forma de cuidarlos. Lo hacían por dignidad, para seguir vivas, para no empezar a morir al lado de los niños que amaban. Su comportamiento tiene ver con ese compromiso capaz de abrir, incluso en el lugar más siniestro y oscuro, un espacio de esperanza y luz.

Algo semejante hizo Jesús cuando ya tenía las horas contadas: dio de comer a los suyos; a sus amigos; les regaló una nueva oportunidad de experimentar la bondad, la amistad y

el perdón cuando gravitaban sobre él el mal, la enemistad y la ofensa injusta; abrir un boquete a la esperanza y a la luz, cuando todo estaba irremediabilmente perdido en aquella noche de traiciones y silencios. Más tarde, tras su muerte, unos discípulos suyos que iban a Emaús le reconocieron vivo al compartir el pan. El discípulo amado le confesará Pan bajado del cielo, Pan de Dios. Jesús tuvo un inaudito potencial nutricio que supo activar con su vida abriendo caminos y creando espacios a la gracia en los lugares de la desgracia donde habitaban los pobres, los pecadores, las mujeres, los enfermos en día de sábado...

Aquella noche Jesús nos dijo: «¡ recordad esto en memoria mía!», y sus palabras nos evocaron otro imperativo suyo: «¡dadles vosotros de comer!». La memoria viva y actual de Jesucristo sobre todo se realiza de manera biográfica. Sin ella no hay memoria litúrgica y sacramental que valga. A lo largo de los siglos la santidad de una multitud de hombres y mujeres ha sido el testimonio más fidedigno de la presencia del Pan de Dios en medio de las peripecias ordinarias y extraordinarias de la vida cotidiana. Haciendo suyos los sentimientos de Cristo Jesús (cf. Fp 2, 5), las vidas y, en ocasiones las muertes de esos hombres y esas mujeres han dado cuenta de lo verdaderamente cristiano del cristianismo: *abrir caminos a la gracia en los parajes históricos de la desgracia*.

La memoria de Jesús, Pan del cielo, nos introduce en una auténtica revolución antropológica y una nueva cultura política, que ninguna ética del amor propio será capaz de desarrollar. Se trata de una lucha contra nosotros mismos, contra nuestra identidad posesiva, explotadora y dominadora y, al mismo tiempo, de una práctica fundamental solidaria con los pueblos pobres y explotados de esta tierra. Seguramente esta revolución antropológica será despreciada por unos como una debilidad y por otros será acusada simplemente de traición. Pero si los cristianos en el actual momento del mundo y de nuestra sociedad queremos ser “memoria” viva tenemos que atrevernos a asumir esta revolución antropológica e incitar a la revuelta contra la catástrofe «que consiste en que todo siga adelante, sin cambio» (W. Benjamin). Solo así aliviaremos el cáliz de la aflicción de Dios y su hambruna en el exasperante tormento los hambrientos de la tierra.